

blica se hallaban clasificados categóricamente, en lo cual consiste el principio de la prevision y de la vigilancia, y cada eventualidad tenía su compartimiento; los hechos posibles estaban en cierto modo encerrados en unas gavetas de donde salían, en ocasiones dadas, y en cantidades variables; así que, para él, había en la calle alboroto, motín, carnaval, entierro, etc.

El portero se limitó á despertar á Basque. Basque despertó á Nicolette; Nicolette despertó á la señorita Gillenormand, la tía de Marius. Por lo que hace al abuelo, le dejaron dormir, juzgando que siempre sabría él demasiado pronto el suceso.

Subieron á Marius al primer piso, sin que, por lo demás, ninguna otra persona de la casa se apercibiera de lo que pasaba, y le depositaron sobre un sofá viejo que había en la sala del Señor Gillenormand. Mientras que Basque iba á llamar á un médico y Nicolette abría los armarios y cómodas de la ropa blanca, Juan Valjean sintió que Javert le tocaba con la mano en el hombro. Comprendió, y volvió á bajar la escalera, llevando tras sí el paso de Javert que le seguía.

El portero los vió marchar como los había visto llegar, con una somnolencia asustada.

Volvieron á subir al fiacre, y el cochero á su asiento.

— Inspector Javert, dijo Juan Valjean, concédame usted aún otra cosa.

— ¿Qué cosa? preguntó rudamente Javert.

— Déjeme entrar un instante en mi casa. Después hará usted de mí lo que quisiere.

Javert permaneció silencioso algunos instantes, con la barba encajada en el cuello de su levita; en seguida bajó el cristal de la delantera y gritó:

— Cochero, calle de l'Homme-Armé, número 7.

XI

VACILACION EN EL ABSOLUTO

Durante todo el trayecto, no volvieron á despegar los labios.

¿Qué quería Juan Valjean? Acabar lo que había empezado; prevenir á Coseta, decirla donde estaba Marius, darla tal vez alguna otra indicacion útil, tomar, si le era posible, ciertas disposiciones supremas. En cuanto á él, á lo que le concernía personalmente, era asunto concluido; se hallaba prisionero de Javert, y no le oponía la menor resistencia; otro que él, en tal situacion, habría tal vez pensado vagamente en aquella cuerda que le dió Thénardier y en los barrotes del primer calabozo en donde le encerrarán; pero desde la crisis provocada por el obispo, había en Juan Valjean, en presencia de todo atentado, aún cuando fuera contra sí mismo, insistamos en esto, una profunda hesitacion religiosa.

El suicidio, esta misteriosa vía de hecho sobre lo desconocido, la cual puede contener, hasta cierto punto, la muerte del alma, era imposible á Juan Valjean.

Á la entrada de la calle de l'Homme-Armé, se detuvo el coche, pues aquella calle es demasiado estrecha para que puedan penetrar en ella los carruajes. Javert y Juan Valjean se apearon.

El cochero manifestó humildemente al «señor inspector» que el terciopelo de Utrecht de su fiacre se había manchado todo él con la sangre del hombre asesinado y con el lodo del asesino. Esto era todo lo que él había comprendido; añadiendo que se le debía una indemnización. Al mismo tiempo, sacando su librejo del bolsillo, suplicó al señor inspector que tuviera la bondad de escribirle allí «un certificado como era así la verdad.»

Javert rechazó el librito que le alargaba el cochero, y dijo:

— ¿Cuánto se te debe, incluso tu estación y tu carrera?

— Hace en todo siete horas y un cuarto, respondió el cochero, y mi terciopelo era enteramente nuevo. Ochenta francos, señor inspector.

Javert sacó de su bolsillo cuatro napoleones de oro y se pidió el fiacre.

Juan Valjean pensó desde luego que la intención de Javert era conducirlo á pié al cuerpo de guardia de los Blancs-Manteaux, ó al de los Archivos, que están allí muy cerca.

Entraron ambos en la calle, la cual se hallaba desierta, como de costumbre. Javert seguía á Juan Valjean. Llegaron al número 7, llamó Juan Valjean, y al momento se abrió la puerta.

— Está bien, dijo Javert... Suba usted.

Y añadió con una expresión extraña, como si hiciera esfuerzo al hablar de esta manera:

— Yo le espero á usted aquí.

Juan Valjean miró á Javert. Esta manera de obrar no era nada habitual en el inspector de policía. Sin embargo, que Javert tuviese ahora en él una especie de confianza activa, la confianza del gato que otorga al ratón una libertad de la longitud de sus garras, resuelto como estaba Juan Valjean á entregarse y á acabar por fin, era cosa que no podía sorprenderle mucho. Empujó la puerta, entró en la casa, gritó al portero que estaba acostado y que había tirado del cordón de la puerta, desde su cama: ¡Soy yo! y subió la escalera.

Cuando llegó al primer piso, hizo allí una pausa. Todas las vías dolorosas tienen sus estaciones. La ventana que había en aquel descanso de la escalera, que era una de esas ventanas que llaman de guillotina, se hallaba abierta. Como sucede en muchas casas antiguas, la escalera tomaba luz y tenía vistas á la calle. El farol del alumbrado público, que precisamente estaba colocado en frente de la puerta de la casa, enviaba alguna luz sobre los escalones, lo que hacía una economía en el alumbrado interior.

Ora fuese para respirar, ó bien maquinalmente, asomó la cabeza á aquella ventana. Se inclinó hácia la calle, la cual era corta y se hallaba iluminada por el farol de un extremo á otro. Juan Valjean tuvo un destrambramiento de estupor; ya no había nadie.

Javert se había marchado.

Por orden del médico, habían dispuesto un catre de tijera junto al sofá. El médico examinó á Marius, y después de haber observado que el pulso persistía, que el paciente no tenía en el pecho ninguna herida penetrante, y que la sangre que le salía por las extremidades de los labios provenía de las fosas nasales, le hizo colocar bien extendido sobre la cama, sin almohada, con la cabeza en el mismo plano que el cuerpo, y aún algo más baja, y el busto desnudo, á fin de facilitar la respiración. La señorita Gillenormand, al ver que desnudaban á Marius, se retiró, y se puso á rezar el rosario en su cuarto.

El torso no había sufrido ninguna lesión interior; una bala, amortiguada por la cartera, había desviado su dirección y dado vuelta á las costillas, formando una desgarradura horrible, pero sin profundidad, y por consiguiente sin peligro. La larga marcha subterránea había acabado de dislocar la clavícula rota, resultando en aquel sitio graves desórdenes. Los brazos estaban acuchillados. Ninguna herida desfiguraba el rostro, á pesar de que la cabeza se hallaba cubierta de sablazos; ¿qué vendrían á ser estas heridas de la cabeza? ¿se detendrían en la piel cabelluda del cráneo? ¿se hallaría tal vez éste interesado? Nada podía decirse aún. Un síntoma grave era ya el que ellas habían causado el desmayo, y de este género de desmayos no siempre se despierta. Además, la hemorragia le había extenuado enteramente y agotado todas sus fuerzas. Á partir de la cintura, la parte inferior del cuerpo había sido protegida por la barricada.

Basque y Nicolette rasgaban ropas de hilo y preparaban vendas; Nicolette las cosía, y Basque las enrollaba. No habiendo hilas, el médico había detenido provisionalmente la sangre de las heridas con cabezales de al-

XII

EL ABUELO

Basque y el portero habían transportado á la sala á Marius, siempre tendido y sin movimiento sobre el sofá donde le habían depositado al llegar. El médico que habían ido á buscar había acudido al instante. La tía, la señorita Gillenormand, se había levantado.

La señorita Gillenormand iba y venía, toda asustada y temblando, con las manos puestas, é incapaz de hacer otra cosa que decir: — ¡Dios mío! ¿es posible? Y por momentos añadía: Todo va á estar empapado en sangre! Luego que hubo pasado el primer horror, abrióse paso hasta á su cerebro cierta filosofía de la situación que ella tradujo por medio de la exclamación siguiente: ¡Esto debía concluir así! No llegó ella hasta el: *¡Bien lo había dicho yo!* que es de uso en tales ocasiones.

godon en rama. Al lado de la cama, ardian tres bujías sobre una mesa en la cual se hallaba extendido el estuche de cirugía. El médico lavó la cara y el cabello de Marius con agua fría. Un cubo lleno quedó enrojecido en un instante. El portero, con su vela de sebo en la mano, estaba alumbrando.

El médico parecía augurar tristemente. De vez en cuando, hacia con la cabeza un signo negativo, como si respondiera á alguna pregunta que el mismo se dirigiera interiormente. Mala señal para el enfermo son esos misteriosos diálogos del médico consigo mismo.

En el momento en que el facultativo limpiaba la cara y tocaba suavemente con el dedo los párpados siempre cerrados del paciente, abrióse una puerta en el fondo de la sala, y apareció una larga y pálida figura.

Era el abuelo.

Durante aquellos dos últimos días, la asonada de las calles había agitado, indignado y preocupado mucho al señor Gillenormand. La noche anterior no había podido dormir nada, y despues tuvo una calentura que le duró todo el día. Así que aquella noche se había acostado muy temprano, recomendando que cerrasen bien, con trancas y cerrojos, todas la puertas de la casa, y rendido de cansancio, se había adormecido un poco.

Los ancianos tienen el sueño frágil; la alcoba del señor Gillenormand se hallaba contigua á la sala, y por más precauciones que se habían tomado, el ruido le despertó al fin. Sorprendido de la luz que penetraba por las rendijas de su puerta, se había levantado y había venido á tientas á informarse de lo que pasaba en casa.

Estaba en la entrada del dormitorio, apoyando una mano en la puerta entreabierta, con la cabeza un poco inclinada hácia adelante y tambaléandose, el cuerpo envuelto en una bata blanca, recta y sin pliegues como un

sudario, mostrando un semblante lleno de extrañeza. Parecía una fantasma mirando el interior de una tumba.

Vió desde allí la cama, y sobre el colchon, tendido aquel jóven ensangrentado, blanco con una blancura de cera, con los ojos cerrados, la boca abierta, los labios cárdenos, desnudo hasta la cintura, tajado su cuerpo en mil heridas de color bermejo, inmóvil, y alumbrado por varias luces que le hacian muy visible.

El abuelo experimentó de piés á cabeza todo el estremecimiento de que son capaces unos miembros osificados; sus ojos, cuya córnea estaba amarilla á causa de la mucha edad, se cubrieron de una especie de reflejo vidrioso; todo su rostro presentó en un instante los ángulos terrosos de una calavera; sus brazos cayeron colgando, como si en ellos se hubiera roto un resorte; y su estupor se manifestó por medio de una fuerte tension de los dedos que se abrieron enteramente en sus manos temblorosas; sus rodillas hicieron un ángulo hácia adelante, dejando ver por la abertura de la bata sus pobres piernas desnudas erizadas de vello blanco, y dijo balbuciente:

— ¡Marius!

— Señor, repuso Basque, acaban de traer al señorito. Había ido á la barricada, y...

— ¡Está muerto! gritó el anciano con voz terrible. ¡Ah! el bandido!

Una especie de transfiguracion sepulcral hizo erguir á aquel centenario, apareciendo derecho como un jóven.

— Caballero, dijo, ¿es usted el médico? Principie usted por decirme una cosa. Está muerto, ¿no es verdad?

El médico, en el colmo de la ansiedad, guardó silencio.

El señor Gillenormand se retorció las manos dando una carcajada espantosa.

— ¡Está muerto! ¡está muerto! ¡Se ha hecho matar en las barricadas! ¡por odio á mí! ¡Contra mí, es contra

quien él ha hecho eso! ¡Ah! bebedor de sangre! ¡así es como vuelve á casa! ¡Válgame Dios, y está muerto!

En seguida se dirigió á una ventana, la abrió de par en par como si se ahogara, y allí, de pié ante la sombra, se puso á hablar en la calle á la noche:

— ¿Acuchillado, traspasado, degollado, exterminado, descuartizado, hecho mil pedazos! ¡vean ustedes esto, el miserable! ¡Y sabía él muy bien que yo le esperaba, que le habia hecho arreglar su cuarto, y que habian puesto en la cabecera de mi cama su retrato del tiempo en que era niño! ¡Sabía él que no tenía más que volver á casa, que hace años ya que yo le llamaba, y que todas las noches permanecía en un rincon de mi chimenea, con las manos sobre mis rodillas, sin saber qué hacer, que parecia un tonto! ¡Bien sabías tú eso, que no tenías más que entrar de nuevo en esta casa y decir: Soy yo, y serías aquí el amo, y que yo te obedecería, y que tú habrias hecho cuanto quisieras de tu viejo bobo de abuelo! ¡Lo sabías muy bien, y has dicho: No, es un realista, no iré allá! ¡Y has ido á las barricadas, y te has hecho matar por terquedad, por maldad! ¡para vengarte de lo que yo te habia dicho con respecto al señor duque de Berry! ¡Esto sí que es infame! Acuéstese usted y duerma tranquilamente! ¡Está muerto! Hé aquí cómo le despiertan á uno.

El médico, que empezaba á estar inquieto por ambos lados, dejó un momento á Marius, se dirigió hácia donde estaba el señor Gillenormand, y le asió del brazo. El abuelo se volvió, le miró con ojos que parecian ensanchados y sangrientos, y le dijo con calma:

— Caballero, doy á usted mil gracias. Yo estoy tranquilo, soy un hombre, he visto la muerte de Luis XVI, y sé sobrellevar los acontecimientos. Hay en todo esto una cosa terrible, pensar que son los periódicos los que hacen

todo el mal. Tenga usted escritorzueros, habladores, abogados, oradores, tribunas, discusiones, progresos, luces, derechos del hombre, libertad de imprenta, y hé aquí cómo le traerán á usted á casa sus hijos. ¡Ah! Marius! ¡esto es abominable! ¡Me han matado! ¡muerto ántes que yo! ¡Una barricada! ¡Ah! el bandido! Doctor, ¿usted habita en el barrio, segun creo? ¡Oh! le conozco á usted bien. Desde mi ventana veo yo pasar su cabriolé. Voy á decirle á usted, que haria mal en creer que estoy irritado. No se irrita uno contra un muerto. Eso sería estúpido. Es un niño que yo he criado. Ya era yo viejo, cuando aún era él muy pequenito. Jugaba en las Tullerías con su palita y con su sillita, y para que los celadores no regañaran, yo iba tapando con mi bastón los hoyos que él hacia en el suelo con su pala. Un dia gritó: ¡Abajo Luis XVIII! y se marchó. Yo no tengo la culpa. Era rubio y encarnado como una rosa. Su madre murió. ¿Ha observado usted que todos los niños son rubios? ¿En qué consiste eso? Es hijo de uno de esos insurgentes del Loira, pero los hijos son inocentes de los crímenes de sus padres. Recuerdo bien cuando era él así de alto, No podia conseguir nunca el pronunciar bien la *d*. Tenía un charlar tan dulce y tan embrollado, que parecia un pájaro. Me acuerdo que una vez, hicieron círculo las gentes delante del Hércules Farnesio, para maravillarse y para admirarle; ¡tan hermoso era este niño! Era una cabeza la suya como algunas que se ven en los cuadros. Yo le asustaba ahuecando la voz, y le hacia miedo con mi bastón, mas él sabía muy bien que todo aquello era broma, Por la mañana, cuando él entraba en mi cuarto, yo regañaba un poco, pero su presencia me producía el efecto del sol. No puede uno defenderse contra las gracias de esos muñecos. Le cogen á usted, le sujetan, y ya no le sueltan. Lo cierto es que no habia amor

comparable a ese niño. Ahora, qué es lo que usted me dice de sus La Fayette, de sus Benjamin Constant y de sus Tirecuir de Corcelles, que me le matan! Esto no puede pasar así.

Dicho esto, acercóse á Marius, quien siempre aparecía lívido y sin movimiento, y junto al cual había vuelto á instalarse el médico, y empezó de nuevo á retorcerse los brazos. Los labios blancos del anciano se movían maquinalmente, y dejaban pasar, como otros tantos resoplidos de un estertor, algunas palabras casi indistintas que apenas se oían: ¡Ah! sin corazón! ¡Ah! clubista! ¡Ah! malvado! ¡Ah! septembrista! Reprochesen voz baja de un agonizante á un cadáver.

Poco á poco, como es preciso siempre que las erupciones interiores se abran paso, volvió el encadenamiento de las palabras, pero el abuelo parecía no tener ya fuerzas para pronunciarlas; habiéndosele puesto la voz tan sorda y tan apagada, que parecía venir del otro borde de un abismo:

— Me es enteramente igual, decía, yo también me voy á morir. ¡Y decir que no hay en París una picarnela que no se hubiera considerado muy dichosa en hacer feliz á ese mirerable! Un majadero que, en vez de divertirse y de gozar de la vida, ha ido á batirse y á hacerse ametrallar como un bruto! ¿Y por qué? ¿por quién? ¡Por la república! ¡En vez de irse á bailar á la Chaumiére, como es el deber de los jóvenes! ¡Vaya unos veinte años bien empleados! ¡La república, valiente necedad! Pobres madres, haced bonitos muchachos! Vamos, está muerto. Con eso habrá dos entierros en esta casa. ¡Te has hecho arreglar de ese modo; por la bella cara del general Lamarque! ¿Y qué es lo que te había hecho ese general Lamarque? ¡Un espadón! ¡un charlatan! ¡Hacerse matar por un muerto! ¡Vaya, si hay materia para perder el juicio! ¡Calculen ustedes! ¡Á veinte años! Y sin vol-

ver la cabeza atrás para mirar si no deja algo detras de sí! Hé aquí ahora ya á los pobres vejestorios obligados á morirse enteramente solos. ¡Anda, buho, y muérete solitario en un rincón! Pues bien, en realidad, tanto mejor, cabalmente es lo que yo esperaba, esto me va á matar de un golpe. Ya soy demasiado viejo, tengo cien años, tengo cien mil años, hace mucho tiempo que me asiste el derecho de morir. Con este golpe, es cosa terminada. Acabóse, pues, todo; ¡qué dicha! ¿Para qué hacerle respirar amoniaco y todo ese monton de drogas? Su trabajo de usted es inútil, médico imbécil! Márchese usted, está muerto, y bien muerto. Yo, que soy también un muerto, conozco eso mejor que usted. No ha hecho él las cosas á medias. Si, esta época es infame, infame, infame; hé aquí lo que yo pienso de ustedes, de sus ideas, de sus sistemas, de sus maestros, de sus oráculos, de sus doctores, de sus bribones de escritores, de sus abominables filósofos y de todas las revoluciones que de sesenta años á esta parte espantan á las nubes de cuervos de las Tullerías! Y puesto que tú te has mostrado sin piedad haciéndote matar de esa manera, yo no tendré pena ninguna por tu muerte, lo oyes, asesino!

En este momento, Marius abrió lentamente los párpados, y su mirada, turbia y empañada aún por la conmoción letárgica, se fijó en el señor Gillenormand.

— ¡Marius! gritó el anciano. ¡Marius! ¡niño! ¡hijo mío! mi hijo muy amado! Tu abres los ojos, me miras estás vivo, gracias!

Y cayó en tierra desmayado.